



De Margot y la democracia

Ricardo García

Margot Loyola regresa de Buenos Aires. Concurrió invitada por una de las instituciones más importantes de América Latina vinculadas a la investigación y difusión folclóricas.

Margot hace clases en la Universidad Católica de Valparaíso. Vive en Santiago, pero desde hace años su actividad docente está en el puerto. Hace poco fue candidata al Premio Nacional de Arte. Una mujer excepcional, una artista como hay muy pocas por estos lados de América. Alumna de Blanca Hauser, su voz posee un registro poco normal. ¿Dónde reside la virtud y la gracia de las interpretaciones de Margot? En su tremenda capacidad de integrarse anímicamente al mundo del cual proviene cada obra que canta. Entregarla en el estilo, en el modo, en el registro de la gente que ha producido esas canciones. Hay que disfrutar de la gracia y picardía auténticamente campesinas con que revive una tonada o un aire nortino, para contrastar después esa liviandad con la terrible fuerza dramática de sus cantos de *machi*. Sobrecoje.

Margot Loyola investiga, enseña, y (a diferencia de quienes se sienten importantes), continúa incesante la difícil tarea de aprender, de ensayar, de superar detalles y descubrir matices para su canto. De una sensibilidad a flor de piel, Margot pasa, ella, como ser humano, del dolor más profundo a la sencilla alegría. Suele ser agresiva, defensora de su dignidad de artista y de mujer, soberbia a veces en su convicción de que lo que hace es necesario para su país, para el rescate de nuestros valores culturales. ¿Premio Nacional de Arte? Su mejor premio sería el mismo que otros trabajadores de la cultura están esperando: espacio para su actividad, posibilidades materiales para trabajar, un lugar para sentir que realmente su trabajo no es en vano. La democracia no lo traerá si no tenemos clara conciencia de que las tareas culturales suelen ser materia necesaria para que un pueblo recupere identidad, y a veces también su dignidad.